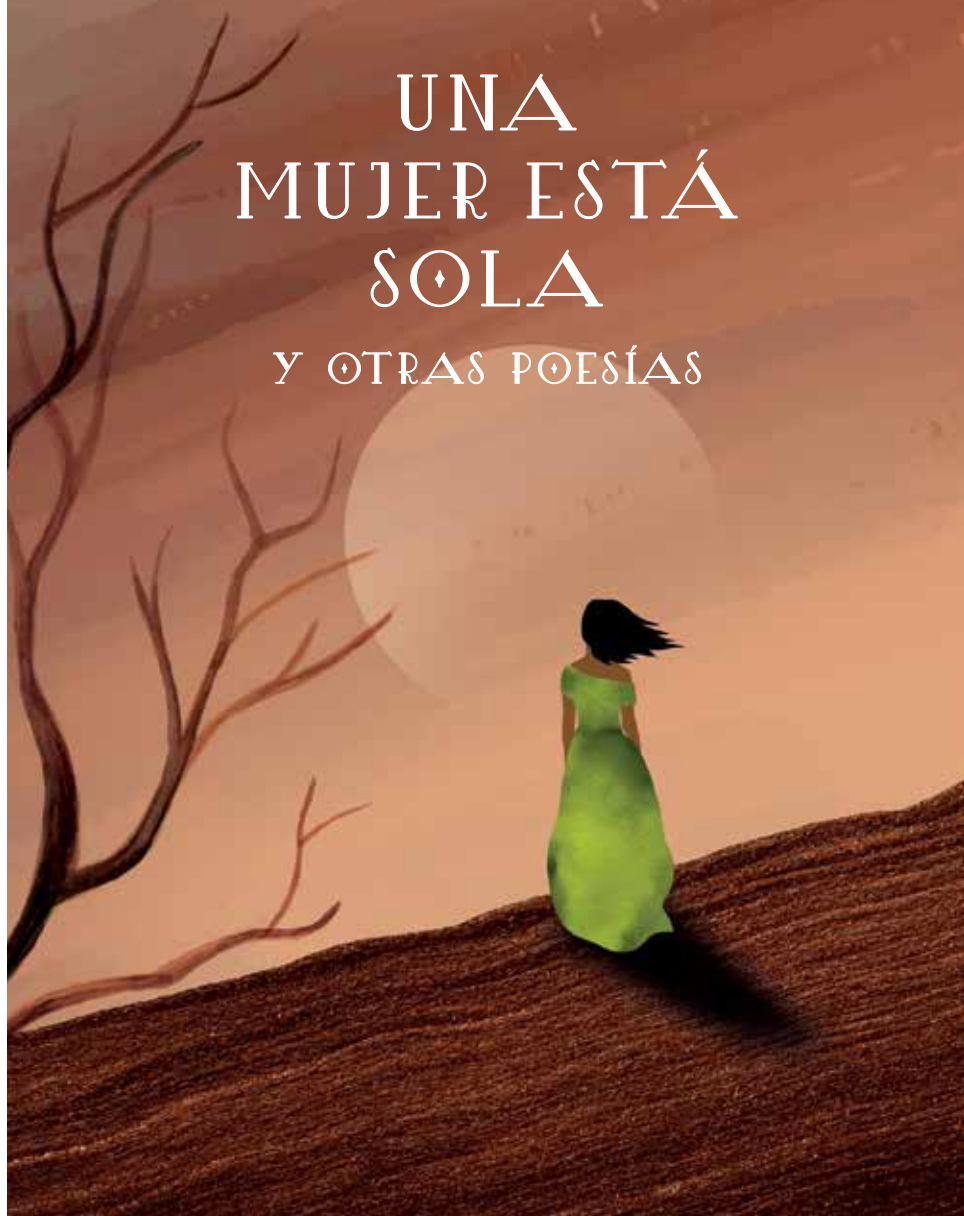




AÍDA CARTAGENA PORTALATÍN

UNA
MUJER ESTÁ
SOLA
Y OTRAS POESÍAS



«En este ejemplar, *Una mujer está sola y otros poemas*, se reúnen tres obras de la insigne escritora mocana:

—*Mi mundo el mar*, Santo Domingo: Editora Stella, 1953. (A los 35 años).

—*Una mujer está sola*, Santo Domingo: Editora Stella, 1955. (A los 37 años).

—*La voz desatada*, Santo Domingo: Editora La Nación, 1962. (A los 44 años).

»De estos tres textos poéticos que conforman la obra, que tienen en sus manos, el segundo es el texto más proyectado y conocido de la autora: su cumbre poética. El tercero, a continuación, es un punto importante de inflexión en su carrera escritural, como ya veremos más adelante, y el primero, que es el más antiguo de los tres, es un texto muy reflexivo y crítico que recurre a múltiples imágenes líricas profundas. Por esto, quizás los tres juntos pueden darnos un panorama ilustrativo de la poesía que forjó Aída Cartagena Portalatín a lo largo de toda su vida».

Eduardo Gautreau de Windt

Aída Cartagena Portalatín, poeta, narradora y ensayista, nació en Moca, República Dominicana, el 18 de junio de 1918, y falleció en Santo Domingo el 3 de junio de 1994.

Es la escritora dominicana más antologada y estudiada del siglo XX y una de las más sobresalientes autoras caribeñas de todos los tiempos.

Publicó las obras de poesía *Víspera del sueño*, *Del sueño al mundo*, *Mi mundo el mar*, *Una mujer está sola*, *La voz desatada*, *La tierra escrita*, *Yanía tierra* y *En la casa del tiempo*. Además, creó otros textos de narrativa y ensayo.

UNA
MUJER ESTÁ
SOLA
Y OTRAS POESÍAS

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesional

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

AÍDA CARTAGENA PORTALATÍN



UNA
MUJER ESTÁ
SOLA
Y OTRAS POESÍAS

PRÓLOGO DE EDUARDO GAUTREAU DE WINDT

UNA MUJER ESTÁ SOLA Y OTRAS POESÍAS | Aída Cartagena Portalatín

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Manuel Llibre Otero

ISBN 978-9945-639-46-9

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación	9
Prólogo	11

UNA MUJER ESTÁ SOLA

Estación en la tierra	27
Estación de la sangre	30
Estación del canto	32
Mi gozo y mi amargura	34
Una mujer está sola	36
Que se diga	38
No llores mi rostro	40
Palabra y expresión	41
Rechazo de tu voz	43
Soledad de la noche	45
Ahora que aún vivo	47
Henri Matisse	51
Mensaje	53
De entero cuerpo	54

LA VOZ DESATADA

Tal vez inútil súplica	58
2000 años después	61
En el sitio final	63
Dejar caer mi miedo	66
La casa	69
Mensaje desatado	71
Estremecido anhelo	75

Poema sin nombre	77
Preocupación por Dios y por los hombres	79

MI MUNDO EL MAR

Mi mundo el mar	87
-----------------------	----

Biografía de Aída Cartagena Portalatín	101
--	-----

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Grateaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Aída para el presente y la posteridad

Eduardo Gautreau de Windt

Cuando la mujer no tenía la palabra
yo era una estrella colgada del cielo,
de un cielo de palomas y de lluvia
donde la mujer es una feliz hormiga inútil
anegada de Dios.
La voz desatada.

• Qué podríamos referir de Aída Cartagena Portalatín
¿importante para nosotros, en la actualidad, y para los
demás, en la posteridad, en especial para las mujeres?

Antes de ir a lo literario, y de manera específica adentrarnos en el texto que nos ocupa, queremos destacar que la misma vida de la escritora es un perfecto ejemplo de los cambios y avances que experimentó la mujer en el siglo XX, en especial las nuestras, en lo social, en lo cultural, en lo económico y en lo político. De hecho, se me antoja decir que el siglo XX fue realmente el siglo de la mujer, al pasar de la casa a la calle y al trabajo e irrumpir en todos los órdenes posibles de la sociedad, no obstante, las limitaciones impuestas y de las que todavía hoy es víctima.

Por otro lado, resaltar sus logros intelectuales y literarios al consolidar una carrera profesional y escritural

que la llevó a destacarse nacional e internacionalmente, en un mundo principalmente de hombres. En esto Aída fue un verdadero portento. Y cabe destacar, en especial para la mujer de hoy, que jamás se consideró feminista, a pesar de ser una mujer que rompió casi todas las limitaciones de su época y sentó cátedras ejemplares al derribar barreras inconmensurables. Si a eso vamos, fuera el mejor ejemplo de lo que debería ser el feminismo en todo tiempo.

Al analizar toda su vida y su escritura podríamos concluir que dos tópicos simbolizan y resumen a Aída: la libertad y la valentía.

Pero, ya en materia literaria, ¿qué podemos encontrar en estos textos como mensajes para hoy y para el mañana?

En este ejemplar, *Una mujer está sola y otros poemas*, se reúnen tres obras de la insigne escritora mocana:

—*Mi mundo el mar*, Santo Domingo: Editora Stella, 1953. (A los 35 años).

—*Una mujer está sola*, Santo Domingo: Editora Stella, 1955. (A los 37 años).

—*La voz desatada*, Santo Domingo: Editora La Nación, 1962. (A los 44 años).

De estos tres textos poéticos que conforman la obra, que tienen en sus manos, el segundo es el texto más proyectado y conocido de la autora: su cumbre poética. El tercero, a continuación, es un punto importante de inflexión en su carrera escritural, como ya veremos más adelante, y el primero, que es el más antiguo de los tres, es un texto muy reflexivo y crítico que recurre a múltiples imágenes líricas profundas. Por esto, quizás los tres juntos pueden darnos un panorama ilustrativo de la poesía que forjó Aída Cartagena Portalatín a lo largo de toda su vida.

Como estrategia deseo comenzar con *Mi mundo el mar*, publicado a sus treinta y cinco años, en plena dictadura de Trujillo.

En esta obra la autora se refugia en la contemplación del mar para verter sus metáforas sobre la situación política y social del país. Así, el mar le sirve de espejo para plasmar su grito:

Aída detiene la vida y
 abre la ventana de una ola para mirar el fondo del océano. Tiene hambre desmedida de comprensiones. En las calles de tierra encuentra voces desnudas, o silencio derramado.

Como una constante en este poema, lo que será también propio de todo el resto de su poética, la propia autora con su nombre de pila se inserta en el poema y se pone como yo hablante; no utiliza la máscara del yo poético para lanzar su grito, para cantar su canto, sino que asume ella la voz cantante en sus poemas y nos especifica «Aída sabe que ella nació con sueños» para más adelante agregarnos: «Y cree que el camino de la vida está lleno de voces servidas del olvido». Y en una bella imagen poética no se especifica: «Aída tiene un sueño de hermanos, silencio de sueños, como el pensamiento manso que puebla los contornos de los calamares».

Para la autora, el mar, por medio de la contemplación, es motivo de reflexión profunda y de filosofar «en las dilataciones sus ojos abren filo para cortar el agua, sienta sus pupilas en los bancos coralinos y dialoga con los filósofos que electrizan la escena de los fondos».

Todos sabemos que el mar tiene secretos; que el mar, antiguo como es y críptico, como siempre ha sido, guarda verdades insondables, misterios, revelaciones que le son negadas al hombre; este ha hurgado en los confines de la Tierra, pero no ha podido descifrar, penetrar en todos los secretos del mar. De ahí que, para la poeta, el mar con todos sus archivos ancestrales es fuente de sabiduría, es espejo para visualizar la realidad y a

la vez pizarra, papiro en blanco para plasmar sus reclamos, sus gritos, sus lamentos y tribulaciones. Aída se conmueve por lo que está viviendo el pueblo dominicano en ese momento: la falta de libertad, el desprecio por la vida, el control absoluto de una nación que languidece entre las uñas de una dictadura. Ella, nacida y criada en un pueblo no costero, se muestra fascinada por el mar y parece dialogar con él, buscando las respuestas a sus múltiples inquietudes. Se hermana con el mar, al igual que se hermana con los sufrientes. Y para resaltar lo brutal de la situación recurre a la figura de *la ley del mar*: esa tradicional forma despiadada de sobrevivencia antigua y ancestral que ha regido a los hombres que caen en las garras de la traicionera mar. Como contraposición a esto, ella recurre a lo onírico, a lo bíblico y a lo religioso en algunos pasajes de este poema resaltando la belleza de su decir críptico, misterioso y profundo.

En fin, *Mi mundo el mar* es un canto angustiado por el pueblo dominicano y su salado padecimiento bajo la dictadura y a la vez es una dura y valiente, pero metafórica, denuncia poética para que el resto del mundo supiera lo que pasaba en nuestro país, de manera silenciosa, en el fondo profundo y silenciado de la sociedad dominicana.

En *La voz desatada*, ya decapitada la dictadura, la poeta endurece su voz y, abandonando un poco las imágenes, desnuda su lenguaje crítico al *statu quo* reinante. Ella sabe o avizora que es tiempo de cambios y asume la postura de estimular y hasta desafiar a los demás para esos cambios. Este poemario, que la misma autora lo define, en su comienzo, como: *Testimonio de una Mujer, del Mundo y de los Hombres*, tiene una introducción a manera de epígrafe que es una joya:

«Eran gentes de la nada.
Han abierto un sendero
en mí, y para aumentar

mi aflicción tienen
necesidad del
socorro de alguien».

Con un tono suplicante y exponiendo su creencia y su fe en Dios, apela, recrimina, interpela y estimula a las personas a asumir una postura de compromiso para cambiar las cosas, erigiéndose ella misma como portavoz de esos cambios y retos que la sociedad dominicana tenía por delante, en aquel entonces. Su voz, ahora endurecida (*Que el hueso de una voz / adelgace la ofensa*) clama e interpela con mayor vehemencia.

Mi vida soy yo y mi voz de concordia.
Mi vida son los otros. Por ellos viviendo,
ellos sobre mí, sin verme, abandonándome.
Con un timbre muy fuerte golpeo sus oídos...

Por otro lado, proclama la nueva condición de la mujer: ahora con derechos, ahora con palabra, y al *hombre nuevo* que asuma el protagonismo de esos cambios. Asimismo, también proclama una nueva forma de hacer poesía:

Yo proclamo una poesía directa y fuerte,
con un estilo concreto, y la palabra con el sentido preciso
y el tono del hombre frente al pan cuando le falta el pan.
Una poesía sin expresiones misteriosas, nebulosidades
y exhalaciones exangües.¹

¹ Álvarez, Soledad (2019). «Momentos de la poesía dominicana del siglo XX: continuidad y ruptura». *Revista de Estudios Hispánicos*. Año 6 número 2, p. 226.

Y exhorta a los demás poetas a seguir esta línea poética:

Poeta, tira la tradición y el símbolo.
Tira las sensaciones vagas, difusas, nebulosas
y los sentimientos indecibles que perduran en el refugio
de los valores formales.
El símbolo es una egoísta manifestación aislada
y la metáfora no es para todo entendimiento.
Tú eres el Mesías de los tiempos nuevos,
la inminencia de las conmociones.
En tu palabra abierta está el mensaje verdadero.²

En definitiva, en este poemario, Aída clama contra el hambre por el hombre, por las injusticias de siglos, por las vicisitudes de los desposeídos e increpa a las conciencias con voz de trompeta, a manera de un antiguo profeta del antiguo Israel. Y es menester destacar este enorme contraste: se apoya en los conceptos y preceptos religiosos de justicia, igualdad, piedad, compromiso y solidaridad enarbolados por la Iglesia, en un discurso revolucionario basado en el amor y el humanismo, enarbolando la fe, su fe, y en preceptos bíblicos, para proclamar el entendimiento entre nosotros. Para el momento que se vivía, para el medio intelectual y escritural de su época era diferente, innovador, y hasta cierto punto desafiante.

De esta obra, la misma autora dijo en una entrevista: «Y dentro del contexto de mi libro *La voz desatada* incluí mi poema *Canto para el hombre nuevo*. Y como no iba a continuar engañada ni engañando, continué escribiendo como lo hago en *La tierra escrita*, *Escalera para Electra*, *Tablero*, *Yania Tierra*, *La tarde en que murió Estefanía* (inédita) y muchísimos poemas publicados en revistas,

² Morrison, Mateo (2000). *Aída Cartagena Portalatín Selección poética*. Mediabyte, Santo Domingo, p. 97.

cuadernos y suplementos. Me siento cómoda escribiendo así porque por la sangre corre un recuerdo amargo de injusticia»³. Por lo tanto, aquí está el enlace de todo su discurso, a lo largo de su vida, personal, profesional y, lógicamente, escritural.

Si la anterior fue un punto de inflexión, un giro, en su poética, también fue una obra de poco vuelo lírico. Ya que, como expresé, *Una mujer está sola* es la cumbre de su poética.

En su discurso lírico rompe con la tradición; ella viene por más. Se sabe fuera de época. Y alza su voz poética para romper la tradición, para sacudir las conciencias. Se reconoce como voz de los demás y no rehúye el compromiso; al contrario, asume por todo lo alto esta función.

...y no significa nada para la voz de mis verdades.

Pensarán que he llegado demasiado temprano,
acaso un poco tarde. Tal vez no hubiera
llegado a ningún otro tiempo
para reemplazar mi turno.

Y reafirma su decisión de lucha:

Pero no creo que yo esté aquí demás,
y además prefiero estar aquí ahora,
y desatarme a veces,
y recoger las negaciones
para volver con la resignación,
el grito,
y el paso de la muerte.

³ Alcántara Almánzar, J. (1981). «Yania Tierra y el testimonio». Entrevista a Aída Cartagena Portalatín. *Revista Ahora*, N.º 930. 21 de septiembre de 1981, pp. 35-38.

A continuación, de manera inteligente, por medio de metáforas la poeta nos describe la situación reinante de la dictadura:

PRUDENTEMENTE he cerrado el camino
Y he dicho: estoy en tiempo puro.
Un tiempo en que la vida ha perdido el sentido.
Un tiempo que revela que la naturaleza de las
cosas
está al revés de la corteza
y el alimento consiste en el estímulo.

Y más adelante en un verso capital resume todo: «la voz que intimida con la sangre». Pero, a seguidas, también es un canto solapado a la esperanza, dentro de la dictadura.

Toda ella se hincha con los cantos
y aparece dispuesta para buscar el trébol
que ha de traer el amor
y la noche estirada con su olor a lucero.
Y sé, y es también saber de amor y de sueños,
que los tallos se rompen y abren nuevos brotes,
y que las estrellas son cruces de esperanza
en el cementerio del cielo.

La voz muy personal de Aída expresa *su gozo y su amargura* tanto por la situación general, como por circunstancias íntimas, personales, propias de la mujer que canta. Y es que todo el poemario está entretejido de esa manera: denuncia y protesta enredada con su canto personal. A mi manera de evaluarlo: magnífica manera de evadir la censura de la dictadura. Y aún en el canto más emblemático y conocido de esta obra, el que le da nombre al poemario, esto se cumple a cabalidad. Dicha parte ha sido enarbolada como un canto feminista, a manera de estandarte, creo

que muy erróneamente, pues sin dejar de ser muy femenino es
más una dura denuncia:

Una mujer está sola. Sola con su estatura. —| ¿Quién es esa
mujer: Aída?
Con los ojos abiertos. Con los brazos abiertos.
Con el corazón abierto como un silencio ancho.
Espera en la desesperada y desesperante noche
sin perder la esperanza. —| ¿La noche de
la dictadura?

[...]

Una mujer está sola. Sujetando con sueños sus
sueños,
los sueños que le restan y todo el cielo de
Antillas.
Sería y callada frente al mundo que es una
piedra humana. —| ¿La comunidad
internacional?

Más adelante: «a la deriva, perdido en el sentido / de la palabra
propia, de su palabra inútil». ¿El silencio frente a la dictadura?
Luego, aquí, lo dice claro:

Una mujer está sola. Piensa que ahora todo es nada
y nadie dice nada de la fiesta o el luto
de la sangre que salta, de la sangre que corre,
de la sangre que gesta o muere de la muerte.

Avanza el canto de Aída recalcando su discurso sobre el silen-
cio (*la forma sostenida de un silencio que ya es/una costumbre.*),
sobre el dolor del «hombre» y se identifica con los oprimidos;
teniendo cautela en su denuncia y actitud, por la dictadura.

Martilla su decir, valiente: «Es absurdo pasar años aquí con la / conciencia muda / y negarse a introducir en la intimidad / la palabra primera».

En este canto *Palabra y expresión*, nos habla de la palabra y de la conciencia. Ella está muy consciente de que los poetas, los escritores, poseen la gracia y el don de la palabra. Tiene la obligación de denunciar la situación reinante. De no hacerse de la vista gorda. Y si algo fue conculcado durante la dictadura fue la palabra y la expresión. El derecho a expresarse en contra del *statu quo* reinante.

Luego expresa su desesperanza por la falta de libertad y el miedo imperante que rechaza.

Llanto-mujer el mío reventando en un canto.
Desato mi voz para cubrirlo todo.
Es intacto el sonido que silba entre mis torres.

En definitiva, en la obra hay dos discursos corriendo en paralelo, pero concatenados: uno es el de la denuncia de la dictadura de Trujillo y el grito en pro de la libertad, y el otro es el discurso personal de las desventuras personales, pasionales, más bien, de la mujer detrás de la voz poética. Este último empuja a la voz poética a que se lance y a la vez disfraza al primero para que burle la censura de la época. Para Aída, como poeta, lo importante no es cantar por cantar a las cosas superfluas o a lo banal; es usar su pluma para elevar su voz por los oprimidos, contra las injusticias, contra los tiranos. Cantar por la libertad.

Para todos nosotros, sin el yugo de una dictadura, y en especial las mujeres, estas obras poéticas de Aída Cartagena Portalatín nos deben hacer reflexionar sobre la valentía individual y el compromiso colectivo. La cuota de responsabilidad que tiene cada uno de luchar por los cambios y no aceptar el estado de cosas imperante. No guardar silencio, cómplice, cobarde o vacuo, por

miedo o indiferencia. Esto así, en una sociedad que tiende tanto a lo personal, a lo fútil, a lo corporal y vano. Ella, desde entonces, es un ejemplo perdurable de la fuerza que puede tener una mujer, aunque esté sola, si desata su voz, conmoviendo su mundo, nuestro mundo, el mundo de todos.

Abril 2023

Referencias bibliográficas

- Alcántara Almánzar, J. (1981, septiembre 21). «Yania Tierra y el testimonio». Entrevista a Aída Cartagena Portalatín. *Revista Ahora*, N.º 930.
- Álvarez, S. (2019). «Momentos de la poesía dominicana del siglo XX: continuidad y ruptura». *Revista de Estudios Hispánicos*. Año 6 número 2.
- Morrison, M. (2000). *Aída Cartagena Portalatín Selección poética*, Santo Domingo, Mediabyte.

UNA
MUJER ESTÁ
SOLA
Y OTRAS POESÍAS



UNA MUJER ESTÁ SOLA



ESTACIÓN EN LA TIERRA

I

No creo que yo esté aquí demás.
Aquí hace falta una mujer, y esa mujer soy yo.
No regreso hecha llanto. No quiero conciliarme
con los hechos extraños.
Antiguamente tuve la inútil velada de levantar las tejas
para aplaudir los párrafos de la experiencia ajena.
Antiguamente no había despertado.
No era necesario despertar.
Sin embargo, he despertado de espalda a tus discursos,
definitivamente de frente a la verídica, sencilla y clara
necesidad de ir a mi encuentro.

Ahora puedo negarte. Retirarte mi voto.
Y puedo escuchar y gritar conmigo
irremisiblemente viva,
porque viva es la voz de las verdades,
porque viva es la voz del luminoso
salón del casamiento del ángel con la estrella.

Ahora puedo negarte. Toda soy de ventanas,
limpia, libre y clara de frente al campanario
de los oficios de los vivos y de los muertos.
Y siento la necesidad de las cosas pequeñas,
de esas cosas pequeñas que no trepan
como si tuvieran medido el sitio,
sino que se esparcen como los árboles ardidos.

Con esa pequeñez me desplazo por tu arquitectura
de galería sin fin,
—siempre sin novedad, ni rosa, ni luna en su camino—
y llego al fondo donde te descubro
en esas generaciones de familias inmovilizadas
que terminan con la última viga anciana
cuando ya no hay otro dueño y el mueble está gastado.

II

Esa infeliz dignidad de la rutina
está en el término donde la tontería
tiene la voz de las caricias para llamar a las bestias
y no significa nada para la voz de mis verdades.

Pensarán que he llegado demasiado temprano,
acaso un poco tarde. Tal vez no hubiera
llegado a ningún otro tiempo
para reemplazar mi turno.

Pero no creo que yo esté aquí demás,
y además prefiero estar aquí ahora,
y desatarme a veces,
y recoger las negaciones
para volver con la resignación,
el grito,
y el paso de la muerte.

Esto es regresar al sitio
donde los árboles rechazan a los desconocidos
y se prolonga el conversar de algunas estaciones.

Esto es ser como los otros
y volver mi alma vecina
igual a las de los vecinos,
y perder el temor de atravesarme totalmente
con el recuerdo del libro del recuerdo.

III

PRUDENTEMENTE he cerrado el camino
y he dicho: estoy en tiempo puro.
Un tiempo en que la vida ha perdido el sentido.
Un tiempo que revela que la naturaleza de las cosas
está al revés de su corteza
y el alimento consiste en el estímulo.

Estación de verdad que me incorpora
y rechaza el propósito de descubrir el Código
que sentencia la vida detrás de tu cortina.



ESTACIÓN DE LA SANGRE

Lo cierto es que yo misma he querido
vigilar la puerta y dar paso deliberadamente
a los que saben mil veces más del nacimiento
de la voz que intimida con la sangre.

Cuando la sangre tiene la edad de sus años
es como una conciencia caminando su cuerpo.
Cuando la sangre tiene la edad de sus años
parece una montaña,
es del tamaño de un hombre
y no celebra el goce con antorchas ni cánticos.
Entretanto, sé que la sangre cose gotas
de ternura
y derrama lágrimas de agradecimiento
sobre el pecho del heredero del canto
para despertar sus humanos
sentimientos,
y es madre de la voz que toca con su voz
el aire de la luna.

Y la sangre es más que la sangre:
es una enorme población de ángeles
sentenciados al Cielo o al Infierno.
Y ella misma me impone y recomienza
el mundo que se goza en su misterio.



ESTACIÓN DEL CANTO

Para que luego se hable por los hombres
puesto que escuchan, y hay otra razón
que me induce a lo íntimo,
quiero hacer algo a fin de despertar al huésped
en esta anochecida.

No estará de más que le haga oír el coro
que encierra la infinita vanidad del poeta.
Toda ella se hincha con los cantos
y aparece dispuesta para buscar el trébol
que ha de traer el amor
y la noche estirada con su olor a lucero.
Y sé, y es también saber de amor y de sueños,
que los tallos se rompen y abren nuevos brotes,
y que las estrellas son cruces de esperanza
en el cementerio del cielo.

Para que luego se hable y se repita
se torna niña el agua
y se saltan los silencios con sus cuerpos desnudos,
y nace libre el canto que yo dejo sin nombre.
Ahora que no cesa de renovar su luz
y preludia y vaticina y tiene el anhelo
de las conciliaciones,
ahora que canta como canta el hombre en estado de fe,
será mi alabanza una caja de ángeles
sorprendiendo la vida,
acunando los árboles y los desheredados caminos del olvido.



MI GOZO Y MI AMARGURA

Mi gozo y mi amargura están como en un cielo flotando.
Y lo que es más, ya desplazados
se tocan y se soportan.
Los contemplo con sus rostros pensativos,
son ellos mis guardianes, posibles universos de mi sangre.

Los vivo, y nada me acostumbra a la obediencia
de ser siempre feliz.
No he tenido la felicidad toda la vida
para entregarme a su comodidad,
y me siento más de las cosas tristes
y a fin de hacerme con ellas me hallo a decirlas
con su nombre de repente.

Y mi gozo es poco y mi amargura
está en abundancia inacabable
porque comienza donde termina el gozo,
y el gozo tiene un lugar estrecho para los pasos interiores.

Mas heme hecha una viviente, emparentada
con la bienaventuranza a mí cedida,
extrañamente simple,
simple y de un solo perfil al punto señalado.
Allá miro, escucho y me asombro
de mi semejanza conmigo y me otorgo a mi alianza
el regazo de los pacientísimos,
porque estoy vinculada
y ya es tarde para desatarme
del gozo recogido y de la amargura más abundante aún.

Mas para mí quede todo en el más puro silencio
y que nadie descubra esta casa hermosa
que edifico, y se destruye ella misma.



UNA MUJER ESTÁ SOLA

Una mujer está sola. Sola con su estatura.
Con los ojos abiertos. Con los brazos abiertos.
Con el corazón abierto como un silencio ancho.
Espera en la desesperada y desesperante noche
sin perder la esperanza.
Piensa que está en el bajel almirante
con la luz más triste de la creación.
Ya izó velas y se dejó llevar por el viento del Norte
en fuga acelerada ante los ojos del amor.

Una mujer está sola. Sujetando con sueños sus sueños,
los sueños que le restan y todo el cielo de Antillas.
Seria y callada frente al mundo que es una piedra humana,
móvil, a la deriva, perdido en el sentido
de la palabra propia, de su palabra inútil.

Una mujer está sola. Piensa que ahora todo es nada
y nadie dice nada de la fiesta o el luto
de la sangre que salta, de la sangre que corre,
de la sangre que gesta o muere de la muerte.

Nadie se adelanta ofreciéndole un traje
para vestir su voz que desnuda solloza delectándose.

Una mujer está sola. Siente, y su verdad se ahoga
en pensamientos que traducen lo hermoso de la rosa,
de la estrella, del amor, del hombre y de Dios.



QUE SE DIGA

La más alta movilidad, o un tal reposo
que se diga, que la paz existe a medias.
Que se diga, que este cuerpo crecido
tal como una mujer ha llegado ¿hasta cuándo?
ahora se alza por la contemplación,
solamente responsable de su última pregunta.

Que se diga, que el ojo es un punto por donde despierta
el hombre,
y que la vida es una anécdota con entrega
de cuerpo trasnochado, o la alerta pisada de su edad.

Que se diga, que hice el viaje original,
es decir, con la lámpara y la luna
y la forma sostenida de un silencio que ya es una costumbre.

Que se diga, que en un momento dado falsean los contornos,
o que el dolor grande revienta como una vena nueva
y acerca al comportamiento del hombre ante la vida.

Que se diga, que te escojo para hacerme semejante,
como si fuera en medio del mundo la posesión de ti.
Que se diga.



NO LLORES MI ROSTRO

No llores mi rostro. No convoques mi vida.
Este gesto cansado continúa en vigilia
del tiempo que lo cubre, del tiempo que le espera.
Es el mío, no lo llores. Entre labios están mi Letanía
y la Epístola de Pablo.

No llores mi rostro. No convoques mi vida.
Frente a la hondura sin edad del agua
o a lumbre y el cielo envejecidos,
rechazo tu mirada y callo.

Otros no alcanzan a traducir mi gesto
y llanto niegan al contorno enjuto.
Siembro la boca de palabras cortas
que a todos confunde. Piso casi en aire,
y el aire cierra huellas.

No llores mi rostro. No convoques mi vida.
Hoy, a flor de aire ni la mirada expongo.



PALABRA Y EXPRESIÓN

Hay un orden que siento destruido,
un orden que es el principio de ese juego prohibido
que es la vida.

Amigos: Es absurdo pasar años aquí con la conciencia muda
y negarse a introducir en la intimidad
la palabra primera.

Hay una palabra audible.
Todos admiten haber encontrado en ella la razón natural.
Es una alegría sentirse la amiga de su propia palabra
y acariciar el corazón de la conciencia.

Estoy ahora tranquila, desplazada, como si fuese muerta,
con la sensación de que dentro del tiempo
hay una sombra ciega,
de que mis cosas todas, sencillas y monótonas
caerán en esa sombra.

Siento la intimidad de conversar conmigo,
de sentarme en otro fondo, sin nada que me espante,
y pensar: que todo seguirá estando aquí.

Ahora, en esta hora, hay un montón de cosas
que quedan en derredor de una misma,
que siempre están asidas. Nombro mi traje negro,
tu libro, y un cuadro de Suro con rostro y ojos
que socavan señeros.

«La Niña» tiene una sonrisa tonta
y una expresión sin nombre para su eternidad.

Pero es una alegría única
sentirse la amiga de su propio encuentro
y pensar que hay rostros para verlos en la ternura,
en el amor o el odio para conocerlos.

Rostros de un rostro, de un mismo rostro,
desarmado, apoyado sobre sus hombros
sin entregar jamás el verdadero.



RECHAZO DE TU VOZ

Calla esa voz que desvela los huesos
en la íntima noche,
quemazón en la sangre que edifica mi cuerpo.

Llanto-mujer el mío reventando en un canto.
Desato mi voz para cubrirlo todo.
Es intacto el sonido que silba entre mis torres.

Corredora del cuerpo, severa, invertebrada,
voz que busca con sed abreviar en mi corteza,
tiéndete sobre nombres, pero deja a mi nombre
buscar sus propias letras.

Aparta tu voz que derrumba mi ventana.
Que mi ventana caiga sola sobre la fértil
y creciente pena del agua hollada.

Aparta tu voz. Voy a reconstruir mi provincia
y será una isla de recuerdos. Tengo para salvarme
un pasaporte que señala el camino del ángel.

Todo porque existe un pueblo en mi pecho,
un pueblo precipitado como la sed, que espanta tu voz
y la rechaza en ceniza.

¡Mi voz, una voz única, clausurándolo todo!



SOLEDAD DE LA NOCHE

Soledad de la noche.
La ciudad se desnuda para hundirme en mi
muerte.

Soledad de la noche.
Estamos solamente mi muerte y yo.

Soledad de la noche.
Cómo corre la vida y golpea despierta.

Soledad de la noche.
¿Habré de conciliarme con lo que ya he
vivido?

Soledad de la noche.
No queda otra actitud: la que por no llorar
se retuerce y perece.

*Hay algo que no puede romper mis ataduras,
mi tragedia de sueños,*

*todos los sueños,
que no me impide edificar mi imagen
el ángel de la vida,
ni de sentir en el corazón de los tumultos
el corazón despierto.*

Soledad de la noche.
Hay algo que la voz no quiere bautizarlo.

Soledad de la noche.
La vida en su muerte perenne.

Soledad de la noche.
Siento que se clavan los ojos en el tiempo
y que el viento del mundo rasga un velo.



AHORA QUE AÚN VIVO

I

Desde hace tiempo mi vida ha comenzado y no se basta a sí,
y todos mis pensamientos están como en una celda
y hay algunos que llegan a creer quererme
y están más cerca de mí a cada hora.
Pero oídme, yo no me avergüenzo, y quiero
ser procesada para poder revelarlos:
son ellos mis hechos o mi conciencia.

Hasta ahora los llevo con la cara sonreída,
con la cara tonta de los que se contentan
con la rutina de esta estación de tránsito.
Mas, yo no soy esta cara,
ni quiero la felicidad común
ni estoy hecha para el festín de los profanos.
He descubierto mis propios pensamientos
y he buscado en ellos, y no he encontrado
nada de muelle, ni eso que es la concordia
o la conciliación con la conformidad.

Todos son ídolos míos, los he alimentado
con materiales de paciencia, de amor y de
belleza,
han crecido conmigo
y ya se avejentan con la mordaza de los tímidos.

Somos los camaradas, pálidos, frágiles y vírgenes,
en tanto congregados, con la regla y los cargos
para el amor y la compasión.
He declamado con ellos el Padrenuestro
y dentro de esta estatura de carne sostenida
están con el afán de los paraísos, y el gesto
de mis magnánimas esperas.

Me siento en mí anegada como un mar
de aquello que me ha hecho su única habitación,
de aquello que me ha hecho para el canto
y me ha ofrecido el orden que destruye exprofeso.

No quiero otra memoria, ni la razón ajena,
ni la grandeza de alcanzar
las cosas que reposan para otros.
Que cada «yo» posea lo que espera.
Para esperar ya tengo de frente dos cruces
con la esperanza de las verdades difíciles
y el venturoso fracaso de las consolaciones.

También yo soy ciertamente una mujer
con todos sus momentos, y si no fuese así
me sentiría hervir a voluntad ajena.

Como era soy, y tomo del mal lo que me ciega,
y rompo la difícil puerta para entrar al calabozo

de las grandes virtudes.

Y es que ese amor que hubo y del que todo queda,
con la franqueza de lo que piensa, siente o hace,
sin la temerosa vergüenza de esconderse
para velar, para cubrir, para justificarse,
es que este amor que llevo en mí, es puro amor.

Aquí está, salta. Salta y se apodera
del animal, del árbol y del hombre,
y llora y ríe con ellos despertándolos de sobresalto
para un fin semejante a mi tutela de poesía y canto.

Sin embargo, nadie más busca ni persigue
las domésticas voces que edifican.
Todos se han retrasado y aún espera en vigilia
esta mujer que sola
se compromete con sus respetos tímidos
y la misericordia que en sus códigos narra.

Ahora que aún vivo, que salga un vivo y diga
la sentencia confortadora que me haga liberada.
Y es que la sentencia y el perdón y el rito
y esta librería donde firma un libro cada amigo mío,
son por lo menos un juego de palabras para jugar al todo
y de vez en cuando perder y volver a empezar.

Pero, qué piensan que piense una mujer que sola
camina con su voz y el tumulto de sus muertos
y toda la carga de su tierra de muertos.
Por ellos golpean las campanas.
Tal vez yo no tenga un golpe de ellas, y mis amigos
prefieran nombrarme por los títulos

y quieran muy tarde la verdad de esta vida única
que no alcanzó a Dios para nombrarlo a su medida.

Sin resistencias esta celda se abre
y salgo con la voz que nació suficiente
para inventar la biografía del sueño.
Sin resistencias esta celda se abre
y salgo con mi voz y el tumulto de mis muertos.

II

¿Dónde están mis pensamientos? Aquí, no me liberan nunca.
Quiero pensar en los míos en el sentido más puro,
como eran a sus edades mi madre y mi hermano hombre.
Y aunque ellos mismos no fueran precisamente niños,
tendrán siempre cuna de canto estremecido.

¡Sabed, amigos: de vez en cuando escribo para todos
de pie frente al nombre de Dios!

Y sabed que nadie tiene culpa de que no sea
lo feliz que intenté serlo,
ni de que esté ahora desesperadamente bastada
y asida a mis sollozos.



HENRI MATISSE

¿Dónde está Henri Matisse? Las manos de los colores
nunca más con nuevos rostros y líneas
compartirán mi celda.
¿Dónde? Componiendo la trama,
envuelto en el color, donde el ángel dibuja.
Bajo el cuerpo del cielo
se retuerce su cara de pájaro tostado.
En el surco que araba con sus manos
se incendia la gloria,
su gloria sin edad
habituada para vivir edades.

Ahora lo llamo al revés de la tarde
en que dejó sin otra posada mi memoria.
Lo llamo con voz de sus verdades,
con una voz de amante lo llamo
a mi jardín de bronces.

De pie vigilo la casa de su nombre.
Henri Matisse grande como el océano,
¿dónde está el cargamento?

Pienso cómo estarán hoy sus amigos
apegados a esa dudosa voluntad de obedecerlo.
¿Distes a ellos la clave? La clave que lograste
con tu cuerpo de hambre,
con la vanidad de ser puro,
de darte tu perfil, expresamente.

Nada me turba que desate recuerdos,
que le ofrezca otra máscara,
que dispare la honda a la campana mayor.
¿Dónde su piel, su cruz, las bestias?

En Vence, con todas las estaciones del año.
En Vence, con sus manos que eran alimento renovado.
En Vence, sencillamente, con su mujer, su hijo,
su oro y el atavío de su nombre,
oh, montañas de Vence, ¿dónde está Henri Matisse?



MENSAJE

Probablemente, Franklin.
Probablemente, Alberto.
Probablemente, Manuel.
Probablemente, Antonio.

Probablemente, este sea el gesto
de las inquietudes que encadenan
o algo mucho más que los levantamientos,
y todo sucediera sin la intención
de escribir o de vivir.



DE ENTERO CUERPO

Hundida en la sangre sin motivo,
raíz al aire como ceiba anciana
o arbusto hoyando el muro que te viste.

Así tú me verás de entero cuerpo
sumergida en tu savia, Poesía,
buscando el tema que motiva
lo que te hace eterna:
vida angustiada o catedral,
agua que rompe,
nube de fuego,
rosa y amor,
o el paraíso perdido donde habita
el último sentido de la vida.



LA VOZ DESATADA



«Eran gentes de la nada.
Han abierto un sendero
en mí, y para aumentar
mi aflicción tienen
necesidad del
socorro de alguien».

Testimonio de una Mujer, del
Mundo y de los Hombres.



TAL VEZ INÚTIL SÚPLICA

I

Trato de hacerme comprender
que lo que tenemos aquí
bajo los techos
no son campos de amor.
No quiero discutirlo.
Es mejor que me ausente
y me aleje muy lejos
de las explicaciones
para no oír la voz
que endurece a los hombres.

Dios grande y servidor:
¡deja que no la oiga!
Protégeme en el bastión
de la concordia
y cuídame allí dormida
después de haber sufrido
el último pensamiento ajeno.

Dios grande y servidor:
resta la angustia
a los atormentados
y ayúdame a escoger
a los más puros,
así, tan repentinamente
como nace la vida
en el cuerpo.

2

Tarde, mañana y a mediodía
clamo por el ejercicio de pensar
como piensan los justos.
Desplázame, Señor, ríndeme,
no quiero aguardar en la silla
con estos pensamientos.
Tengo el temor de los ojos abiertos,
de ver filas de hombres
bajados mediante sogas,
colgados inertes,
de espaldas a la bienaventuranza,
y que mis ojos, duros como el pedernal,
acechando, espiando sus momentos,
aguarden temerosos
de verlos caer en la muerte.

3

Ayúdame para que el sueño
tenga razón en mi camastro.
Para que los hombres tengan
explicaciones en mi conciencia.

Que el casco del animal se levante
y pise su propia cabeza.
Que el hueso de una voz
adelgace la ofensa.
Que desaparezcan del Universo
las cosas que nunca se recobran.
Que el amor sea
más alto que los hombres.

4

Vuelve, Señor, que la vida juega
a la Muerte.
Que el Diablo juega
al Infierno.
Que el mundo juega
a la Nada.
Y procura que todo sea
como cuando era un juguete
enterrar en los surcos
un grano y otro grano
y se esperaba abundancia
para los semejantes.



2000 AÑOS DESPUÉS

¡Ah, si yo hubiera inventado el Código,
el Alimento o la Paz!

No he sabido hacer el juego.

Que no me consuele nadie,
que nadie cave para levantar mi casa.
Yo soy como cualquier mujer de la Isla.
Mujer del Éxodo y del Salmo,
rodando mientras viva con el fuego del caballo del ángel,
apresado en la mano el fuego.

Cuando la mujer no tenía la palabra
yo era una estrella colgada del cielo,
de un cielo de palomas y de lluvia
donde la mujer es una feliz hormiga inútil
anegada de Dios.

Ahora soy como cualquier mujer
y se puede llamarme con cualquier otro nombre

porque todos somos iguales en el mundo
y estamos como muertos
cayendo por el mismo agujero de la tierra.

Sé que no puedo pedir un asiento
(los hombres están sordos y se van por el mismo agujero),
y la geografía no tiene un lugar para el poeta.
Los hombres se van por el agujero del pan
mientras los traficantes pregonan harina.
Después de todo, ¿por qué debo llorar?
Yo no abrí este sendero,
yo no enseñé la pena,
¡ni yo inventé estos 2000 años
jugando al escondite de la redención!



EN EL SITIO FINAL

1

Tengo la voz abrazada, estrechamente
apretada contra mí
para que no pretenda querer abandonarme.
Tengo la boca cerrada, miserable,
pero la voz resbala
sube y abre mis párpados dilatándolos sin cesar.
Coloco tiras como vendajes rodeando mi cabeza
hasta no dejar ver más que un punto de ojo,
profundo, tan profundo,
que no parece pertenecer a un vivo.
Pero mi vida soy yo y mi sonido interior
y los vendajes no pueden destruirlos
y la voz se hace dentro tan grande
como una mujer entera.

2

A veces tengo la esperanza de ser llamada enseguida
y espero con esa curiosidad que aprendí en los andenes
mientras caía la nieve,
y creo que voy a deshacerme en lágrimas,
y digo con tristeza:
Señor, he tenido la gracia de llamarte.
Además pienso: todavía dura la vida
y no es posible encontrar un sitio conocido.
El único está dentro de mí,
dentro de esta cabeza de rastros señalados
que por fuera me sienta parecida
a una persona muerta
o igual a otra cualquiera,
pero ajustada a un cuerpo con propias voluntades.
Me levanto, camino y veo mi cabeza manchando el espejo.
La veo por el punto del ojo, profundo,
y comprendo que esta cabeza cubierta de vendajes
puede ser de un cualquiera.
Alguien me impulsa, y dice:
—Habla, ofrece tu identidad.
Y no puedo explicarle porque esta cara de vendajes se resiste,
no quiere hablar, ni reír,
ni balbucear contra la voluntad.

3

Los años han cambiado mi cuerpo,
pero vivo siempre con la fiebre de niños,
invadida de fiebre, aumentando mi sueño
como si fuese siempre más grande que mi cuerpo,
como si creciera tanto el corazón

que apenas pueda entrar en mi conciencia.
Esto para sentir los labios apretados,
rebasada la boca
y el punto de ojo girando en el borde, girando.
No sé si esto es estar vivo o estar muerto,
pero es algo muy parecido a la vida o a la muerte
y vigilo porque no quiero extraviarme
dentro de cuatro puntos por donde llega el viento.

4

Mi vida soy yo y mi voz de concordia.
Mi vida son los otros. Por ellos viviendo,
ellos sobre mí, sin verme, abandonándome.
Con un timbre muy fuerte golpeo sus oídos.
Los reclamo y pregunto: ¿dónde está el perdón?
No quiero borrar del pensamiento personas conocidas.
Necesito el perdón antes de llegar al sitio destinado,
donde la vida tendrá que dejarme para siempre,
allá donde nadie se defiende
y un niño y un hombre miden la misma fuerza,
y la voz pierde su metal y su mando,
y el cuerpo se hace una máquina diferente
que se deshace sin preocupaciones.
En efecto, sé que un día llegaré a ese lugar
y solamente allí dejaré mi manera.



DEJAR CAER MI MIEDO

1

Para dejar caer el miedo
busco un alojamiento
que tome las particularidades
de aquellos a quienes amo.
Creo que estoy tan cerca de encontrarlo
que presiento ese amor
lleno de miseria
cuyos tristes confidentes
son unas manos duras
de jamás recibir.

Palpo en mi superficie
mezclada a lo que realmente soy:
años, y una infancia tan blanda
que se me ocurre no he servido
para los otros.

2

En la segura y plena conciencia
oigo romperse algo,
al tiempo que oigo también reír
a una persona conocida.
Juro que hay que salvar
el día de los otros,
y apenas superada, no pienso más en mí
para no rebajar una alegría ajena.
Debo aprender, acostumbrarme
a que somos los hijos de los hombres.
Y me hago la idea de que el miedo se funde,
se desprende, y pretendo dejarlo caer de mi cuerpo,
singularmente tiesa,
como esperando algo diferente.

3

Sube el olor, el grito, la campana.
Me siento tirada,
inauditamente tirada.
Me recojo y soy como un papel arrugado
en el ámbito lleno de una conciencia triste.
Como si hubiese sido derramado
el amor se extiende en mis labios.
Mis ojos también se extienden
por un espacio profundo,
extraordinario, sorprendentemente
como frente a una imagen mágica
desconocida.

Me toco, y salto como por juego
una y otra vez, a veces al andar
danzan o saltan los pequeños.
Áida, digo.
Un presentimiento llama al otro lado de mí.
Me inquieta. Obedezco y pienso
que son cosas que suceden, que se introducen
deletreando el cuerpo.
Ah, eso es ser débil, temer al miedo.
Y no puedo hacer nada,
ni mi ansiedad tampoco,
para desterrar estas sacudidas
que se amontonan en mi cuerpo.
La voluntad no sé si queda,
y rigurosa y desesperadamente
la esperanza se niega a perderse.
Me detengo llena de humildad
y lo que siento está cansado
de haber sido sentido,
y guardo la esperanza
como si fuese mi única moneda.



LA CASA

1

Era su vientre mi pan de día y de noche.
Nueve meses habité en su amoroso oscuro nimbo
que dejé desierto
cuando la carga de sangre y de pecado
dijo temblando, ¡vete!, abandona esta casa,
que es casa de hacer hijos.

2

Viví en un oscuro monte. Luego la tierra
se llenó de la alabanza de aquel vientre
cuando llegué a la vida en busca de corderos.
Cuando subí sobre los caballos,
cuando subí sobre los carros,
cuando subí sobre las piedras,
cuando bajé a la raíz del agua
o cubierta de harapos

la tropa de los mundos
me descubrió en un canto.

3

Alzadas fueron las cabezas
de los que trabajan
un campo de espigas
y allí nunca se hartaron hasta la voluntad.
Yo estaba ya hecha conforme a las palabras.
Antes fui sierva escondida.
Pero estaba contenta, contenta del espíritu.

Un vientre tal vez es el paraíso
que se busca en la tierra.
He aquí lo que se hace
conforme a un mandamiento.
Y ahora soy su hueso y su carne, su sangre
y en mí habita Ella.



MENSAJE DESATADO

1

Después de ellos, después de mí,
no quedará más que la línea apenas señalada de una imagen.
Es absurdo querer levantar la muerte cuando cae.
¿Quién puede levantarla?
El ángel que es pájaro del cielo lleva un mensaje claro.
Digo a Dios que desarmo el corazón y lo entrego
a los que hacen su gloria por peldaños honrados.
Que conservo cada palabra hermosa en el pensamiento
gastando muy poco a poco su sentido profundo.
Que celebro a los meses de Junio mi llegada
al tiempo que se reparten los días y yo sigo.

2

En mí se desata el amor que quiero dar a cada otro.
No precipites unas sobre las otras mis faltas
porque creo haber tomado algo de la inocencia de Dios.

Es la gracia y la alegría de la creación que me obliga a
pensarlo.
Es mi orgullo de vivir afirmando mi realidad junto a los
vivos.
Es mi mente que sabe que existo y que también debo morir.

3

Busco una voz de blandura sobre la cual se repose.
Casi ninguna voz es suficientemente pura
para traducir el dolor de otro semejante.
Como la flecha del arquero que fue hacia Filipo
cada tristeza tiene la dirección de un hombre.
No es posible que la tierra negra de los surcos
no dé más que alimentos.
No es posible que el único anhelo de los hombres sea un horno
de pan.
No es posible. No es posible.

4

Que nadie me vista con la púrpura
porque sé que no soy de reyes sobre la tierra.
Solo hubo uno, existe uno, al que sin burlas le repito:
¡Dios te salve!,
al que quiero con corazón estremecido
ofrecerle el oprobio que se hace a los débiles;
al que quiero mostrarle, lastimadas, las llagas de los justos
que fertilizan los campos y los hacen retablos de pesares.

5

En la profunda intimidad del hombre
coincide exactamente mi esperanza.
A veces es preferible no hablar de ciertas cosas
porque invade una especie de recato
semejante al que impide besar a un niño amado
cuando se hace hombre grande.
Pero hay que hablar de lo que fue originado en cualquier
lugar del Paraíso
porque parece la única necesidad del hombre.
De lo que traduce a Adán y a Eva fuertemente enlazados
y desnudos.
Ahora que su hijo no tiene más que un momento para pensar
en salvarse
y en que la vida parece que equivoca su suerte,
intento hablar a todos. Tal vez nadie me escuche
porque siento palabras de desprecio rebotar
contra ese harapo que a veces me siento.
Grito: S. O. S.
Espero. Mis ojos persiguen las arañas que recorren el techo.
Repito el S. O. S.
Sencillamente aguardo con el hecho, la palabra y el gesto.
El abrazo de Adán y de Eva es el mismo abrazo de los
débiles
y de los fuertes.

6

No sé si esto es un alarde, un reportaje o un documento
inútil,
pero no parará aquí ese ruego que es fuego abrasado

porque arrojaré una centella y otra centella y un rayo en el
corazón de los indiferentes
para mostrarles la paciencia y mansedumbre
con que el humilde ha sufrido afrenta, suplicio, hambre,
abandono y desamor
por los siglos de los siglos. Amén.
Nada se hallará en la tierra que apague mi incendio.
Ni ojo verá, ni oído oír, ni boca hablará cosa igual a la
locura,
horno ardiente, caridad y dádiva de Dios
para los hombres que fueron creados semejantes
para que sean iguales.



ESTREMECIDO ANHELO

Aún tengo los labios untados de los otros.
Para besarlos escribo este libro
¿Cómo será su Cielo?

El santero de mi pueblo
no conoce «Una temporada»
de Arturo Rimbaud.
¿Cómo será su infierno?

Sobre la tierra amiga
vibro y tiemblo
igual que otra criatura
de carne responsable.
Nadie reproche mis estremecidas
preguntas sin respuestas.
Ya sabemos que el amor no es lamento de muertos,
y que al interrogar al Infinito
el ámbito sonoro
valientemente suscita escándalo
e invita a preguntar de nuevo.

Sin mezquindad y soberbia.
Con humildad y grandeza
quiero leer los móviles que giran en la conciencia
y escuchar los coros que suenan sin alardes.
Esto no es ser tímido: quiero expresarme,
que mi semejante sea mi boca,
y que estrechándome con lo noble
mi voz sea su intérprete.



POEMA SIN NOMBRE

1

Sin saberse lo que después sucede
se ha hecho para morir una carrera.
Dioses, hombres y bestias, adiós.
Pero vedme primero vencer caminos
sobre esta hermosa Isla.
Vedme caer cantando sobre la tierra.
Han sido muchos pasos mis pasos.
Miradme. Respiro. Quiero estar despierta.
Ya que aprendí la vida
quiero aprender la muerte.

2

Ayer me estiraba las trenzas
palmeaba a los niños.
Hoy, ahora, cubro con diez dedos
las bocas de los hombres.
Quiero que se oiga solo mi voz. Mi voz que se aleja,

corre por las calles, las aceras,
que trepa por las fachadas y sube alto y se despliega como un
pañuelo
para gritar: Dios es la Esencia.
Y me deja como sola la voz y oigo pensamientos en mi
cuerpo.

Digo la tierra, y pienso en muchos hombres.
Digo el cielo, y pienso en muchos astros.
Digo el mar, y pienso en muchos peces.
Digo la muerte, y pienso ser capaz de morir,
tener la muerte,
ser capaz de morir
y amar la muerte.
El hombre muere temeroso, siempre temeroso muere.
Tan solo el animal perece humilde, humildemente.

3

Los días antiguos y siempre renovados
tienen ahora un alma incierta.
Quiero olvidar su tiempo y sus estaciones
porque otro sol me enceguece
como si fuera mío o de mis ojos.
Dioses, hombres y bestias, adiós.
Están de acuerdo todas las voluntades.
Desatan mi voz. Oídla en mi corazón
inventando amor para el amor.
Diciéndose otros nombres.



PREOCUPACIÓN POR DIOS Y POR LOS HOMBRES

1

Reparador de la silla de los hombres,
no olvides a los hombres.
Lo hermoso y estimado de la tierra
no es sino campo de cuerpos desatados.
De sus entrañas sale sin pesadumbre y mengua
un aliento que empaña Tu pesebre.

Reparador de la quiebra de los ángeles malos,
haz que el ángel bueno vuelva al Heder,
allá donde Jacob apacentó sus ovejas.
Haz que dé la señal para encontrarnos.
Quiero conocer a los hombres que de agrado,
como innumerables ángeles, juntos se abracen con su
Pacificador
cantando altos himnos y alabanzas
para que la Paz sea nacida.

2

Este girar de ruda piel de tierra
no es un reino para que pocos tengan el goce
y repartan lamento.
Así este ardido tiempo. ¡Ceniza!
¿Quién grita esa sentencia?
¡No!, sobre eso que se levante el amor,
para que una, dos o diez criaturas den testimonio
de cosas fuera del común sentir
en este áspero tiempo,
como es que alguien enseñe a dar la mano
al que fue concebido sin la sabiduría
de gozar la concordia.

Que nadie se asombre de oír estos deseos,
redondos, simples y frescos como una fruta sana.
Que alguien haga un lugar sin pasos calzados de sigilo
para mirar la vida sin querer despedirse de ella.
Un lugar donde no harte el espejo
que devuelve el rostro como un mal de desprecio.
Si alguno de los que invoco no aborrece al padre,
a la madre, al hermano o al vecino
puede ayudar a edificarlo
con la paciencia sumada a la paciencia.
Pero que cambie si otra es su intención
como se cambia de vestido el cuerpo,
y use sus sentidos como un bastón,
y se concuerde en una paz interior hasta conmoverse
como un mazo de ternura en goce pleno.

Si alguno de los que invoco tienen el pensamiento a la
intemperie

en medio de esta desolación que arde y quema,
que responda: ¿quién ha hecho este Infierno?
Mas, que guarde la respuesta si es

«el que tenga oídos no pregunte mi pensamiento,
porque oirá solamente parábolas
para que oyéndolas no entienda»¹.

Sentir lo que significan esas cosas.
Si pudiera mirarlas sin espejo,
pero sin ello sé que están como en forma de nada.
Si pudiera tener los ojos limpios como niños
mirando una torre preguntara:
¿qué ángel toca la campana de la Tierra?
o, ¿qué piensan los despiertos,
tirados horizontales,
indiferentes tirados
sobre su derecha o sobre su izquierda
mientras la luz desnuda la conciencia
y religiosamente lavada
la cara del mundo tiene el temor de enloquecer?
¿Qué esperan los despiertos en esta vida
que es como una torre cayendo desde el cielo?

¹ En *San Lucas*, Cap. VIII.

3

Clamo como aquel que da un grito y queda en su
desvelo.
¿Dónde está mi reposo? ¿Cuándo la Patria libre?
Sobre mi lengua pesa la palabra perdón.
Busco en las manos de todos las llagas de Dios.
No encuentro en muchas manos las llagas de Dios.
¿Se ha convertido el alma en una casa de tierra?
Estamos invitados a comer frente a un rostro de perdonable
voz.
Que se marche, que se marchen los caballos que arrastran
al Infierno.
Que se marchen... que se marchen los caballos...
No queremos pan de intrigas, odios, guerras y muertos.
Queremos pan con las llagas de Dios.
Lo pedimos hasta ser sostenidos por la harina de Su nombre.
Entre pájaros y estrellas están las llagas de Dios.

4

Abandono el bochorno que aún resta en mi cuerpo.
Que otros hagan lo mismo, y digan buenos días
al que no aborrece al padre, a la madre, al hermano o al
vecino.
Campanas. Campanas.
Quiero desatarme de mí para que me posea el furor de esas
campanas
que a veces me rebajan y hablo como si llorase.
Buenos días, repito sola, al que no aborrece...
Aspiro a un gran reposo.
Pido que la luz de Dios descienda y me incendie

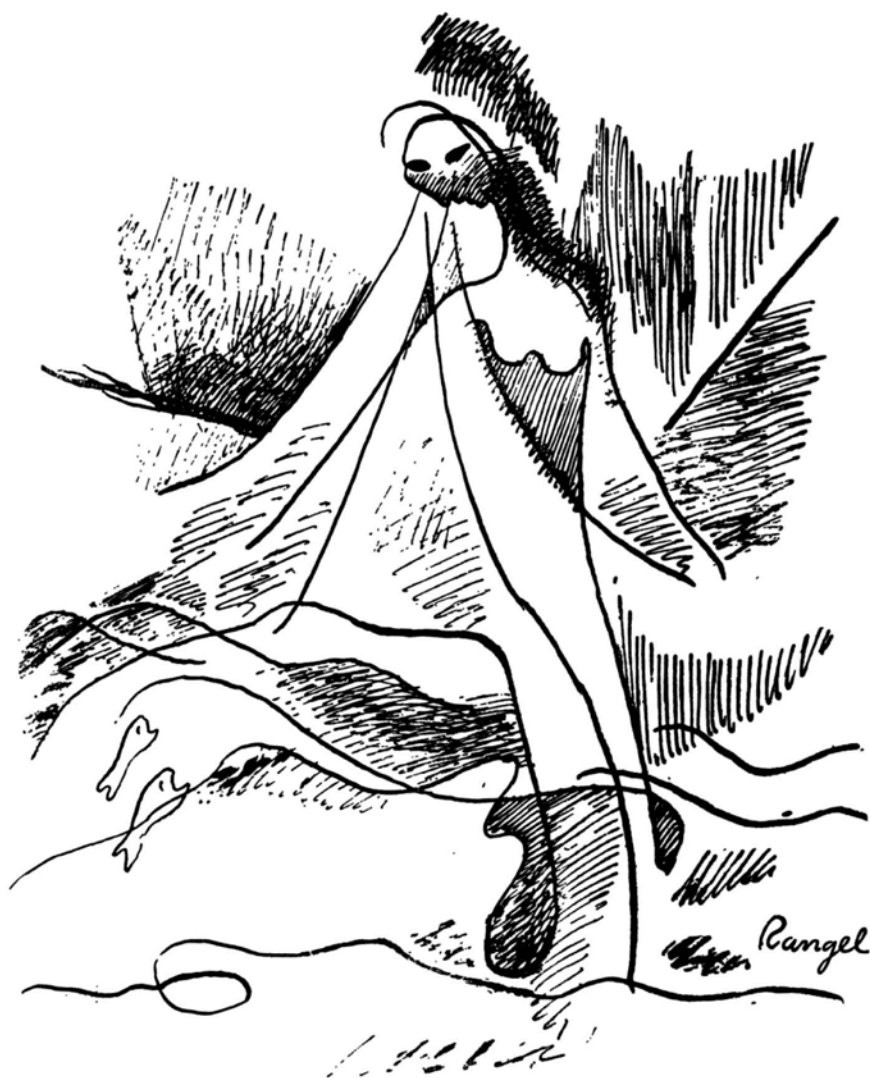
y que la vigilia vigile junto a mí como un predicador.
Campanas. Campanas. Nadie sabe reír.
¿Dónde es adelante, Dios? ¿Es después de estos pasos?
Campanas. Campanas. Nadie sabe llorar.
El amor debe marchar con nosotros.
Palomas. Palomas. Busquemos el amor.
El amor que pretende lavar la conciencia de los días
con el antiguo poder de la sangre,
inconfundible por el olor que trajo desde Eva.

Reparador de la silla de los hombres,
no olvides a los hombres.



MI MUNDO EL MAR

El fervor me basta





MI MUNDO ◉ EL MAR

La mirada del mar
está llena de pensamientos muertos. Los de-
dos quieren destruir el corazón del destino.
Aída sabe que ella nació con sueños, que en las
nubes hay ríos, que su materia quiere cortar
hilos.

Y cree que el camino
de la vida está lleno de voces servidas del
olvido.

Si esa materia de mujer que late alrededor de la sinrazón de su armadura, no se espantara como se espantan los peces que dialogan un idioma raro, los hombres no fueran moribundos desde su encarnación. Pensándolo, dice:
—Ancho es el mundo y estrecho el rincón donde el hombre mora.

Cuando el horizonte
cierra su color intocado, ella rescata la belleza del alga y prende una linterna en el ojo náufrago de la espina.



En el fondo de la vida, voces del destino gritan la angustia pre-sentida. Querer hermano del mar, Aída tiene un sueño de hermanos, silencio de sueños, como el pensamiento manso que puebla los contornos de los calamares.

Los ojos de la tierra
son sus hermanos. Vienen los moradores del
océano a contemplarse en ellos. Los hombres
adornan sus gargantas con corales, y tienden
agua de mar sobre sus hombros.

El mundo se rompe el
corazón y no sangra una gota. El hombre des-
de hace tanto tiempo está agotándola, que
crece sin sentido.

Aída detiene la vida y
abre la ventana de una ola para mirar el fon-
do del océano. Tiene hambre desmedida de
comprensiones. En las calles de tierra encuen-
tra voces desnudas, o silencio derramado.

Sobre la arena dormi-
da, madréporas ignorantes. Otras cosas.

En las dilataciones sus
ojos abren filo para cortar el agua, sienta sus
pupilas en los bancos coralinos y dialoga con
los filósofos que electrizan la escena de los
fondos.



Ley del mar. Son
más grandes los pobladores grandes cuando
injertan las minúsculas bandadas violáceas.
Desde hace tiempo ella busca una imagen
del hombre fuera del hombre y la palpa con
todos sus sentidos, desnuda, en las imágenes
de los mundos azules.

Con silencio de fósil
buscase por sensaciones últimas, al recordar
la hora en que sus semejantes disgregaron en
su sangre la fuerza de una razón para seguir
la ley del mar.

¿Por qué los vigilantes
de la espiga cambiaron el fardo de su mies?
Sería menos sal, la sal del mar.

Al pie de la montaña
Aída sueña el mar como un espejo plano. Igno-
ra en la ceguera de su mundo primero que
hay hombres como caracoles y que el agua
azul se hizo a sed de almas.

Cuando llega al mar
abre la boca para beber brizna de las olas en
recortes. Ve a las palmeras enterrar sus uñas.

Si la roca no callara secretos, si dijera el entendimiento de la savia marina, si enseñara la sabiduría del coralarío, la que deja el valle y la montaña para llegar al mar, para hacerlo su mundo, no rompería ahora tu horizonte angustiado.



A veintiocho soles el
mar sale del mar para soñar en tierra. Ella
quisiera, con la sábana de cristal que aban-
dona la ola, arropar el valle y su montaña.

Allá, el hombre que desconoce el mundo de las aguas, tendría el presagio del bosque marino, sentiría el sabor de los peces y crecería de espanto.

Quien sale de su imaginación para sesgar su imagen, tal vez no se estremecería. En la lluvia suspensa el vacío es de ruina, no hay donde abrir más arterias; pero a sus pies, los que están sin voz en las aguas, no han sembrado de espinas la sala del trébol.

La que llega en espíritu con creencias del bosque y duerme aún los párpados con las voces del verde. La que canta para bañarse en sal, desde antes, desde ahora, solo por ser poeta viste las rocas, dialoga con los peces y traduce el idioma del mar.

Sed del mar, su mundo, donde enciende caminos de huidas.



Llega el hombre
de lo más íntimo y crece al aire como una
planta débil. Comprendiéndolo, ella repite
con la voz de los otros:

—Quien siente el alma, hereda las estrellas.

Cuando la espalda se abre como túnica de maizal, el que va sin pupilas al sol no puede beberlo. Cree que solamente dejan huellas sus huellas. Todo atrás. Raíz. Hojas. Sombras. Nada.



Aída entrega a su
saber estas cosas cuando rasga el traje de los
caracoles. Vida del mar con ropaje de náca-
res y sílices. Intencionalmente, cuando el
hombre desata sus sentimientos para bajar
escalas, encuentra su alma más que en silí-
ceo y nacarado albergue.

Si esa mujer que hace
fugas al mar, que le gritan las trenzas, que
se hiere los ojos por romper tu piedra, por co-
rrer el polvo oxidado en tus venas, no regre-
sara sorda, dolida en sus intentos, caída so-
bre izquierda, se quedaría en el llanto de una
espinas de tierra.

Cuando el dolor la en-
sancha como a un cuerpo mayor, calla su ven-
cimiento como si las fuerzas de todos los ele-
mentos pesaran en su sangre. Diminuta are-
nilla a voluntad de la vida y del amor cae so-
bre rocas, y cierra los ojos para llorar con ella.



BIOGRAFÍA DE AÍDA CARTAGENA PORTALATÍN



Aída Cartagena Portalatín, poeta, narradora y ensayista, nació en Moca, República Dominicana, el 18 de junio de 1918, y falleció en Santo Domingo el 3 de junio de 1994.

Es la escritora dominicana más antologada y estudiada del siglo XX y es una de las más sobresalientes autoras caribeñas. Logró destacarse en un ambiente dominado por los hombres.

En su valiosa y amplia obra literaria resaltan sus preocupaciones por las situaciones de exclusión que vivía la mujer en su época.

Hizo sus estudios primarios y secundarios en Moca y posteriormente ingresó a la Universidad de Santo Domingo, en donde se doctoró en Humanidades. Luego se trasladó a

Francia y realizó estudios de postgrado en Museografía y Teoría de las Artes Plásticas en la Universidad de París.

Fue profesora de Historia del Arte e Historia de la Civilización en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y en la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Dirigió los cuadernos literarios *Brigadas Dominicanas* y la revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. También trabajó como consejera de la Unesco en París.

Viajaba con frecuencia a Europa, América Latina y África, lo cual contribuyó al enriquecimiento de su producción literaria y de sus investigaciones sobre la historia del arte.

Fue la única mujer que militó en La Poesía Sorprendida, un movimiento literario surgido durante la dictadura de Trujillo que reunió a varios poetas dominicanos.

Aída Cartagena Portalatín fue una escritora muy fecunda. Publicó las obras de poesía *Víspera del sueño*, *Del sueño al mundo*, *Mi mundo el mar*, *Una mujer está sola*, *La voz desatada*, *La tierra escrita*, *Yania tierra* y *En la casa del tiempo*.

Igualmente, divulgó las novelas *Escalera para Electra* y *La tarde en que murió Estefanía* y el libro de relatos *El tablero*. Otras obras de su autoría son los ensayos *Danza, música e instrumentos de los indios de La Española* y *Culturas africanas: rebeldes sin causa*.

Su novela *Escalera para Electra* figuró como finalista del Premio Biblioteca Breve, de la editorial Seix Barral, de España, en 1969.

Una mujer está sola y otras poesías, de Aída Cartagena Portalatín, de la colección «Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo

José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano

Américo Lugo

Feminismo

Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio

Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista

Abigail Mejía

Imágenes del dominicano

Manuel Rueda

Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

La República Dominicana, una ficción

Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves

Federico García Godoy

Seis ensayos en busca de nuestra expresión

Pedro Henríquez Ureña



Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña
(ISFODOSU)

Otros títulos de esta Serie III:

Alma adentro

Carmen Natalia Martínez

Ascuas vivas

Delia Weber

Canciones de la tarde

Fabio Fiallo

Clima de eternidad

y otros poemarios

Franklin Mieses Burgos

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Eva en extremaunción

Melba Marrero de Munné

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Poesías

Salomé Ureña



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do

   @isfodosurdo



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-46-9



9 789945 639469